

## 2) LA QUIEBRA ÉTICA EN LA GUERRA 1914–1918.

Esta investigación se enfocará al uso deliberado de microbios, sustancias químicas y energía nuclear, en tanto armas de destrucción masiva, relacionando el contexto ético en que se dieron y algunos elementos del desarme y educación para la paz a que todos aspiramos para tener un mundo más justo, feliz y civilizado. Al respecto podemos señalar que la inducción deliberada por mano humana de epidemias militarmente orientadas, estuvo prohibida en muchas de las culturas clásicas por normas y reglas de la ética militar. No se valía p. ej. introducir prostitutas enfermas al campamento enemigo ni envenenar pozos de agua. Por más crueles que fueran las guerras, la confrontación se daba sólo entre los contendientes preparados y entrenados para el caso, es decir, los soldados, figura 6,

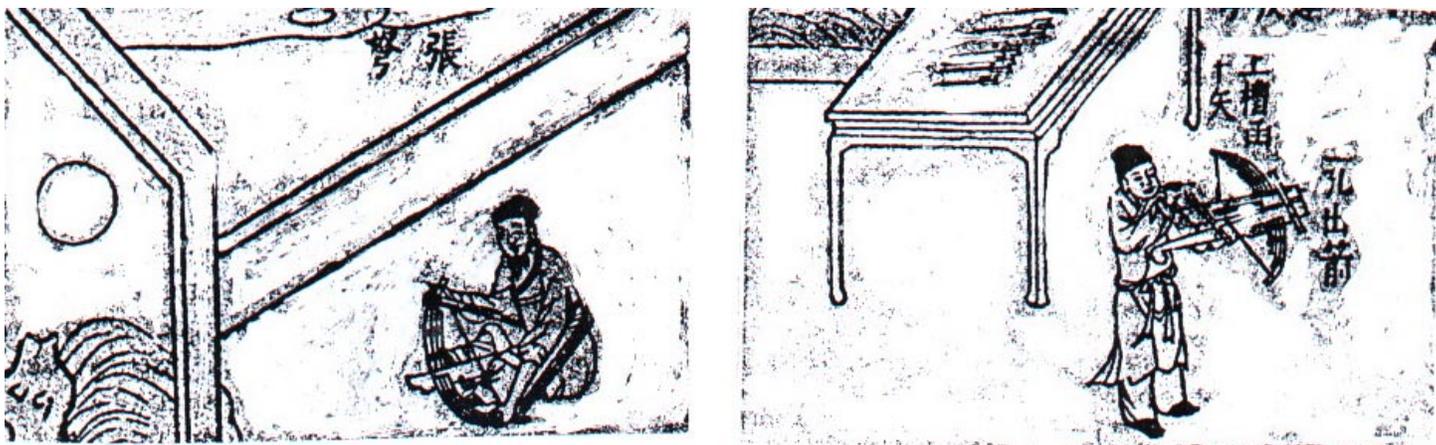


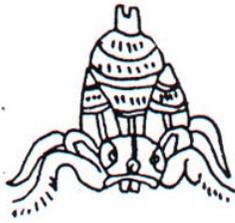
Figura 6.- De este grabado chino se puede inferir que se reforzaba el arco de la ballesta en láminas y que tenía una recámara para varios dardos. Evidentemente se requería una gran habilidad técnica para su fabricación.

Nunca se permitió el ataque directo a los niños, mujeres o civiles, así como tampoco el uso de armas prohibidas o "sucias". Se trataba de hacer la guerra entre los adiestrados para ello, no de hacer trampas. Un estricto código de honor, es la síntesis de la ética clásica para la guerra, de Sun Tse a Clausewitz ( 5 ) ( 6 ). En China e India, hacer la guerra en los tiempos antiguos o clásicos era un juego limpio y honorable:

"Poner al cubierto de toda ofensa las aldeas enemigas, he aquí aquello en que debes pensar... Impedir que las chozas y los caseríos de los campesinos sufran el más pequeño daño, es lo que merece igualmente tu atención; producir estragos y llevar la devastación a las instalaciones agrícolas de tus enemigos, es cosa que sólo debes emprender en caso de penuria extrema"  
( 5 )

“idealmente una batalla es un gran torneo con abundancia de reglas: un guerrero desde un carro no debe atacar a uno de a pie, un enemigo que huye herido o que pide clemencia no debe ser acuchillado, las vidas de soldados enemigos que han perdido sus armas deben respetarse. No deben utilizarse armas envenenadas. Honor no anexión debe ser el justo fruto de la Victoria”. ( 7 )

Los antiguos mayas, en cambio, que hoy se han revalorado como más belicosos de lo que se pensaba ( 8 ) -vide film Apocalypto- parecen haber utilizado tábanos y avispas contenidos en “tecomates” para liberarlos después en derredor del pueblo adversario en una especie de guerra biológica primitiva, figura 7,



VIII\*  
C.T

50. C. D.

Después de consultar a Tojil, Balam Quitzé, Balam Ak'ab, Majucutaj e Iquí Balam pusieron tábanos y avispas entre cuatro tecomates o calabazas y los colocaron a la redonda del pueblo.

Acometió infinita multitud de gente que venía en el ejército de las tribus y, poniendo cerco al pueblo por todas partes, murmuraban y gritaban.

Al destapar los cuatro tecomates salieron los tábanos y avispas en tal cantidad que parecía humo, y los cuales, cargando sobre toda la gente, se fueron derechos a los ojos, a la boca y a la nariz, a los brazos y a las piernas, mordeíndoles por todas partes. Hervían los animalejos y se amontonaban sobre todos los soldados.

Figura 7.- Proto-guerra biológica entre grupos mayas de la época clásica ( 9 )

“Después de consultar a Tojil, Balam Quitzé, Balam Ak'ab, Majucutaj e Iquí Balam pusieron tábanos y avispas entre cuatro tecomates o calabazas y los colocaron a la redonda del pueblo. Al destapar los cuatro tecomates salieron los tábanos y las avispas en tal cantidad que parecía humo y cargando sobre la gente, se fueron derechos a los ojos, la boca y la nariz, los brazos y las piernas, mordeíndolos por todas partes. Hervían los animalejos y se amontonaban sobre los soldados y cuando estaban como borrachos y embriagados, soltaron flechas y escudos y los desparramaron por el suelo. Balam Quitzé y los demás sacaron palos y herían a los soldados,... murieron muchísimos. A los que no mataron los hicieron sus vasallos...” ( 9 )

Las guerras feudales, por otro lado, parecían un juego propio para adultos, pero con reglas estrictas y cierta ética que enmarcaba el aporreo mutuo. Tratar de alcanzar al caballero que dirigía el combate desde atrás de la línea, coloridamente empenachado y tomarlo como rehén, era el verdadero objetivo de los enfrentamientos. No se trataba de matarlo, pues muerto no valía un clavo, se trataba de capturarlo vivo y cobrar después dinero como rescate. Las guerras medievales producían relativamente

pocos muertos hasta que, en sus postrimerías, el conocimiento tecnológico empezó a traducirse en novedades como el arco largo inglés y la ballesta, que eran capaces de penetrar desde lejos a la más sólida de las armaduras con sus flechas y dardos ( 3 ). Una racionalidad precientífica aprovechaba nuevos mecanismos y materiales elásticos para incrementar significativamente el impulso en arco y ballesta; ya no era solamente la fuerza del brazo humano aporreando o alanceando. Por más que se prohibió el uso de ambos (la iglesia católica lo hizo en algún Concilio), los inventos cundieron por doquier y la mortandad ya se dio en serio. Las reglas y la ética militar habían empezado a sufrir así serios descabros.

El verdadero colapso de la ética militar se presentó, no obstante, hasta principios del siglo XX. Nuestra época, siglo de la ciencia, puede también considerarse el siglo de la quiebra total de la ética militar clásica en el cual la sorpresa y los nuevos conocimientos científicos y tecnológicos se unieron para la destrucción masiva como nunca antes. La industria de "bienes de capital" digámoslo así, a la moderna, se puso al servicio de la guerra en base a nuevos materiales y aleaciones. Surgieron acorazados, submarinos, tanques, ametralladoras, aviones y lo más grave, los ataques se dirigieron contra el campo o la ciudad, contra lo militar o lo civil o contra hombre, mujer o niño. Las armas consideradas hasta entonces "sucias" o prohibidas, aparecieron también, sorpresivamente y sin prurito moral, una tarde de abril de 1915 –en la llamada "Llanura de Flandes", cerca de Ypres, Bélgica– durante la Primera Guerra Mundial.